



Érase una vez un anciano de la huer ta de Valencia que sentía gran pasión por la vida y era tan trabajador que cada día se le vantaba al alba, cuando la tierra todavía esta ba cubierta por el manto del rocío nocturno.

Una de esas mañanas halló en el pa tio de su casa unas piedras... o rocas..., algo realmente raro. El anciano, que vivía con sus dos hijas, entró en la casa para contarles lo que había descubierto. Ellas salieron rápidamente, pensando que serían alucina ciones de viejo, sin embargo su sorpresa fue mayúscula al ver dos pedruscos extraños en el corral.

Entre todos decidieron que lo más prudente sería consultar con los científicos de la universidad. Contactaron con ellos, los cuales acudieron a la casa p a r a ver de qué se trataba. Después de un largo y concienzudo estudio confirmaron que eran dos trozos de un asteroide que giraba alrededor de la Tierra, del que se habían desprendido dos meteroritos e impactado en ella. Una vez terminada la investigación los estudiosos les permitieron quedárselos y decidieron dejarlos en el patio entre las plantas, como decoración.

¡Pobre anciano! No ganaba para sorpresas.

A la memoria de papá.

Con amor para Victoria y Elena.

DOS METERORITAS Y UN COMETA

Otro día, como de costumbre, se había le vantado al amanecer, cuando vio que las dos rocas estaban abiertas en canal. ¡Ahora el que pensaba que tenía alucinaciones era él!

- ¡Venid, venid hijas mías! ¿Estoy volvién dome loco o es real lo que veo? - gritaba el anciano.

Las hijas también se quedaron atónitas al ver dos niñas de unos cinco o seis años jugando tranquilamente en el corral con la perrita de la casa. Las niñas saltaban, se abrazaban, corrían sin cesar de un lado a otro, hablando en un idioma desconocido para el anciano y sus hijas.

Estaban paralizados sin saber qué hacer... no podían creer lo que estaba sucediendo. Afortunadamente eran rápidos y vivaces, por lo que encontraron la solución enseguida.

- ¡¡¡Nos la quedamos!!! – soltaron los tres a la vez.

- Yo seré la madre- dijo la hija más joven. - ¡Entonces yo seré la tía, la chochia, tituchi, titorra o lo que sea! ¡Será por el título! – argu mentó la mayor.

Obviamente, el anciano se convertiría en el abuelo, cumpliéndose así su mayor deseo en la vida. Desde ese mismo instante tenía dos nietas.

A las niñas les llamaron Victoroides y Hele noide, en memoria a su origen, porque tenían la creencia de que el origen es importante: conocerlo, aceptarlo, comprenderlo, respetarlo y trascenderlo si se quiere, ¡claro!

Con muchísima ilusión comenzaron un largo camino burocrático para inscribirlas como miembros de la familia.

Poco a poco aprendieron los idiomas que se hablaban en su casa y crecieron, según ellas mismas decían, entre España y Valencia. España era el piso en el que se fueron a vivir con su madre al centro de la ciudad, donde se hablaba castellano, mientras

que Valencia era la casa de huerta de su abuelo, donde habían caído desde el cielo y se hablaba en valenciano. Era su manera de explicar lo que les había ocurrido, ya que sabían que habían aterrizado en un país muy lejano, pero no tenían idea de lo que significaban esos nombres grandiosos, por lo que los adaptaron a la medida de su pequeño mundo.



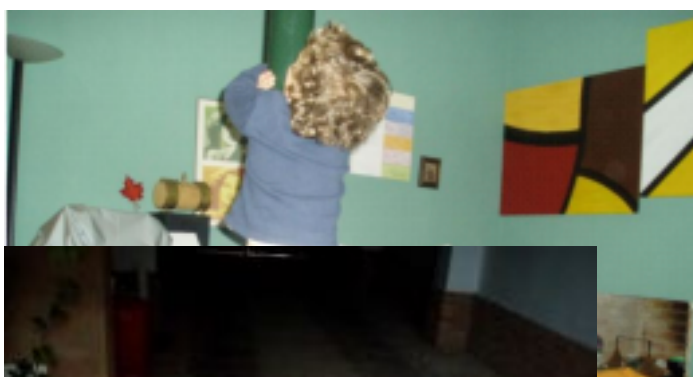
La verdad es que eran unas niñas muy especiales. La mayor, Victorioide, era morena de pelo lacio y ojos negros rasgados e inteligentes, con una mirada a veces desafiante ante la autoridad, otras de profunda comprensión de la realidad.

Muy trabajadora, siempre dispuesta a ayudar y colaborar. Con una extraordinaria capacidad creativa: una artista plástica.

La pequeña, Helenoide, con sus ricitos castaños y su carita redonda, en la que al sonreír se le formaban dos hoyuelos en las mejillas, era cariñosa y lista. Su espontaneidad hacía mucha gracia a todos, así como su empatía con los más débiles o necesitados, a los que sorprendía por su gran conocimiento tanto de sus propias emociones como de las de los otros: una brujita

A los pocos meses de su estancia en la Tierra, estaban una tarde jugando con su perrita Bom, cuando Victorioide le comentó a su hermana:

- Helenoide, aquí nos quiere hasta el perro.



Las dos se fundieron en un abrazo de gran alegría y complicidad. Conocían demasiado bien que el mundo sin amor era más inhóspito que la gélida y árida estepa rusa.

Era cierto que todos las querían mucho, tanto su madre como los demás parientes o amigos y ellas, asimismo, demostraban gran afecto por todos, aunque sentían una debilidad especial por su abuelo.

El anciano, que se llamaba Jesús, era el típico hombre conservador de la huerta valenciana, inteligente, inquieto, trabajador, con determinación. Tenía una gran habilidad para abrirse a lo que la vida le ofrecía, aprendiendo y disfrutando de cada oportunidad: lo que llamaríamos un hombre sensato y de gran bondad.



Le encantaba ir con sus nietas en bicicletas a la alquería de sus hermanas, donde ellas se subían a los árboles y les daban de comer a las gallinas.

- ¡No llenéis tanto los comederos de pienso, que lo tiran por fuera! - les reñían cada vez sus tías.

- Tía, toma. ¡Mira cuantos huevos hay hoy! - contestaba normalmente Helenoide, sin hacer mucho caso de la reprimenda.

¡Nunca jamás hubo gallinas, ni niñas, mejor alimentadas! A la hora de la merienda se iban a la despensa, donde sabían que las ancianas siempre les tenían preparadas las galletas Oreo o los huevos



Kínder, o los Chetos, o bocadillos... El resto del tiempo seguían jugando con los niños que hubiera por allí o solas, o viendo la TV hasta que anochece y tenían que regresar, casi siempre con los huevos frescos que les daban, en la cesta de la bicicleta.

Otras veces su abuelo se las llevaba en el autobús al horno a por el pan. Les compraba pasteles o Tamagochis de los chinos o lo que le pedían. La que más solía acompañarlo en esas salidas era Victorioide por ser la mayor; la niña le ayudaba a subir y bajar del autobús con esmero.

- No tenía bastante con el viejo, que ahora faltaba la niña – mascullaba entre dientes algún chófer mal encarado que lo conocía por ser un pasajero habitual.

Cuando volvían Victorioide lo contaba en casa toda asombrada, sin comprender muy bien que significaba el enojo del conductor.



En otras ocasiones las llevaba a casa de sus amigos o a cualquier sitio que se les ocurriera como al circo del Gran Fele o a una excursión a Játiva.

No siempre era todo tan idílico. Sus nietas que eran muy traviesas y un tanto diablillos, unas “malonchonas”. Le hacían trastadas al pobre anciano: como ponerle picante en el café, o quitarle el bastón cuando estaba sentado viendo la TV, o pasar por detrás del sillón y hacerle cosquillas en la cabeza o revolverle el pelo... a lo que solía responder tirándoles los cojines que tuviera a mano, eso daba paso a una batalla de almohadones divertida y acalorada.

Cuando no le decían nada las increpaba: -

¡Nena, nena, un besito!

O las tocaba con el bastón, lo que era otra manera de empezar el juego. Así fueron desarrollando gran confianza y afecto entre los tres, hasta que un día su abuelo envejeció tanto que necesitó una silla de ruedas para moverse.

Ese año, en las fiestas del pueblo, repartían horchata en la plaza y querían llevarse a su abuelo para que bebiera un vasito. Su tía no se lo permitió, no quería que lo pasearan en la aglomeración de la plaza. Helenoide, sin mediar palabra, desapareció como una flecha. Al ratito volvió corriendo es cabulléndose entre la gente, salpicando horchata de un vasito de plástico con una pajita.



- Toma abuelito, para ti. ¡Que te gusta mucho!

A él, que casi no podía hablar por la debilidad de los años, le saltaban las lágrimas.

De este modo las niñas fueron creciendo, entre vivencias de amor y desamor, como en todas las familias, alegres, vivarachas, risueñas, activas, cariñosas...felices. Pero un día esa felicidad se empañó: su abuelo murió. Se sentían afligidas, desconsoladas, tristes,... cuando al cabo de unos días, una noche estando sentadas en el patio de la casa de su abuelo, donde habían aterrizado hacía ya unos años, se les ocurrió observar el firmamento y se dieron cuenta que había una estrella muy roja que brillaba y centelleaba fuerte mente en el cielo, mucho más que las demás con diferencia.

- ¡Mirad! ¡¿Veis aquel cometa tan rojo que brilla y se mueve tanto?! ¡Seguro que es nuestro abuelo, que está con los astros de donde nosotras procedemos! – exclamó Helenoide señalando al infinito.

Desde entonces cada vez que miran al cielo y ven titilar ese lucero tan rojo y resplandeciente, saben que su abuelo está sentado en él, desde donde las cuida, vigila y disfruta viéndolas crecer en la Tierra como unas chicas bondadosas y valientes que se enfrentan a sus dificultades y suerte en la vida.

Valencia, a 27 de septiembre de 2020.



AGRADECIMIENTOS

El origen de este cuento se encuentra en historias que inventaba para Victoria y Elena cuando andábamos por la calle o a la hora de irse a la cama. Les contaba que ellas

eran dos meteoritos que procedían de un satélite que orbitaba alrededor de la tierra del que se habían desprendido los meteoroides: Victorioide y Helenoide, en los que ellas iban dentro, de ahí sus nombres. A veces les gustaban, otras se enfadaban y todo, sin embargo siempre me ha parecido una metáfora preciosa que nunca escribí hasta este momento.

El hacerlo ahora se debe a que nuestro padre, su abuelo, murió hace justo 10 años, me ha parecido que es un buen homenaje a su memoria. Además quiero que este sea mi regalo de Reyes Magos 2021 para mis sobrinas, porque convertirlas en protagonistas del cuento junto a su abuelo es colocarlos en el centro del universo, donde ponemos a las personas que amamos.

Está escrito en castellano y traducido al valenciano y al inglés. El castellano, por mi edad, es mi idioma académico en el que puedo expresarme con propiedad y fluidez. El valenciano no estaba y los idiomas extranjeros tenían poca importancia en el currículum de estudios de mi generación. Para poder escribir en valenciano me pagué clases del ICE a principio de los años 80 del siglo XX, cuando todavía no era obligatorio. El inglés lo aprendí gracias a una beca de auxiliar de conversación de español en dos institutos de High Wycombe (Inglaterra) en el curso 1985-86. En ninguna de las dos lenguas me siento con la destreza y seguridad necesarias para expresarme correctamente.

Tengo que agradecer a todos los excelentes amigos que me han ayudado desinteresadamente a que este cuento quede lo mejor posible en los tres idiomas en que está escrito.

En castellano a Gema Marqués por sus correcciones, propuesta y críticas a veces muy duras que me sirvieron mucho. A José María Plaza, mi mentor, por la valoración y sugerencias apropiadas que lo mejoran. A JJ por sus aportaciones.

En Valenciano a Enric Ramiro, gran amante de esta lengua, por su minuciosa revisión y aportaciones.

En inglés, y en ausencia de mi corrector oficial en este idioma, Denis O'Kane, (que seguro disfrutará de esta historia desde su cometa particular en el firmamento), a Mike Nugent por su disponibilidad, buen hacer y por animarme a seguir escribiendo. A Blanca Ruiz por su perfeccionismo y ayuda. A Shey Wolker, mi compañera norteamericana de intercambio, por sus indicaciones y exigencia.

A mis amigos Regina Bañuls, Carmen Marco, Beatriz Albert, José Ramón Oria, Begoña Álvarez, Lourdes Tapia, Ruben Caballero, Pablo Ferrando, y a todos por leerlo y aportar sus impresiones e ideas.

A mi afecto y amistad, si no existieran habría que inventarlos por ser como



A la memòria del pare.

Amb molta estima per a Victoria i Elena.

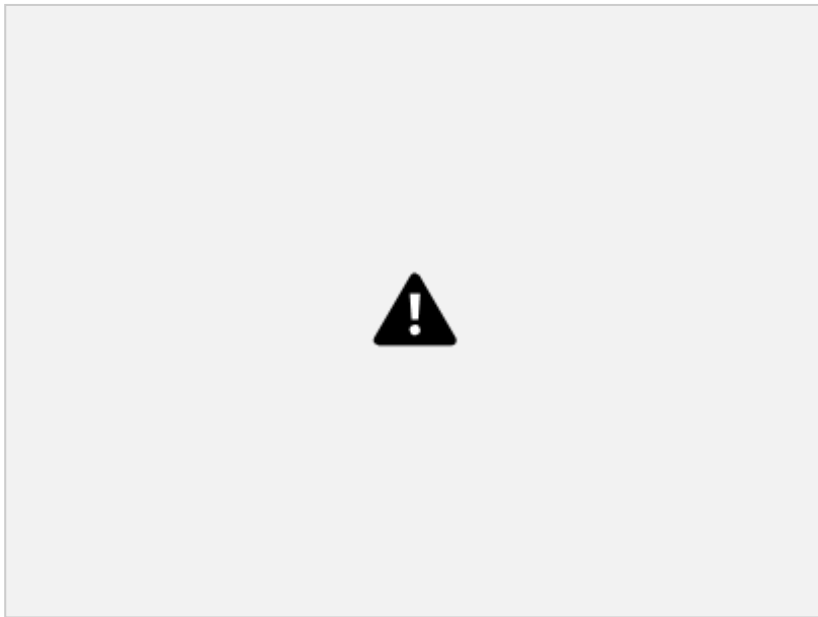
DOS METEORITES I UN COMETA

Hi havia una vegada un vell de l'horta de València que sentia gran passió per la vida i era tan treballador que cada dia s'alçava a trenc d'alba, quan la terra encara estava coberta pel mantell de la rosada nocturna.

Un d'aquests matins va veure en el corral de la seua casa unes pedres...o roques...; o en fi una cosa realment estranya. El vell, que vivia amb les seues dues filles, va entrar a la casa per a explicar-los el que havia vist. Elles van eixir ràpidament pensant que se rien al·lucinacions de vell, no obstant això la seua sorpresa va ser majúscula en veure dos cudols estranys en el corral.

Entre tots van decidir que el més prudent seria consultar amb els científics de la universitat. Van contactar amb ells, i acudiren a la casa a veure de què es tractava. Després d'un llarg i consciencios estudi, van confirmar que eren dos trossos d'un asteroide que girava al voltant de la Terra, del qual s'havien després dos meteoroides. Una vegada acabada la investigació, els estudiosos els van permetre quedar-se amb els cudols i van decidir deixar-los en el corral entre plantes, com a decoració.

Pobre vell! No guanyava per a sorpreses. Un altre dia, com de costum, s'havia alçat a trenc d'alba, quan va veure que les dues roques estaven obertes en canal. Ara el que pensava que tenia al·lucinacions era ell!



- Veniu, veniu filles meues! Estic tornant-me boig o és real el que veig? - cridava el vell.

Les filles també es van quedar bocaba dades en veure que hi havia dues xiquetes d'uns cinc i sis anys jugant tranquil·lament en el corral amb la gosseta de la casa. Les xiquetes botaven, s'abraçaven, corrien sense parar d'un costat a un altre, parlant en un idioma desconegut per al vell i les seues filles.

Pare i filles estaven paralitzats sense saber què fer... no podien creure el que els estava succeint. Afortunadament com eren ràpids i vivaços van trobar la solució de seguida.

- Ens les quedem!!! – van soltar els tres alhora.

- Jo seré la mare - va dir la filla més jove. - Llavors jo seré la tia, “chochia”, tituchi, titorra o el que siga! Serà pel títol! – va argu mentar la major.

Òbviament, per fi, el vell seria el que més desitjava en aquest món: iaio. Des d'aqueix mateix instant tenia dues netes.

A les xiquetes els van ficar Victoroides i Helenoides, en memòria al seu origen, perquè tenien la creença que l'origen és important conèixer-lo, acceptar-lo, comprendre-ho, respectar-lo i transcendir-lo si es vol, clar!

Amb moltíssima il·lusió van començar un llarg camí burocràtic per a inscriure-les com a membres de la família a les dues noves gudes.

A poc a poc van aprendre els idiomes que es parlaven a casa seua i van créixer segons elles mateixes deien, entre Espanya i València. Espanya era el pis en el qual es van anar a viure amb la seua mare al centre de la ciutat, on es parlava castellà. Mentre que València era la casa d'horta del seu iaio on s'havien estampat i es parlava en valencià. Era la seua manera d'explicar allò que els havia ocorregut, ja que sabien que havien aterrat en un país molt llunyà, però no tenien ni idea del que significaven aquests noms grandiosos. Així, els van adaptar a la

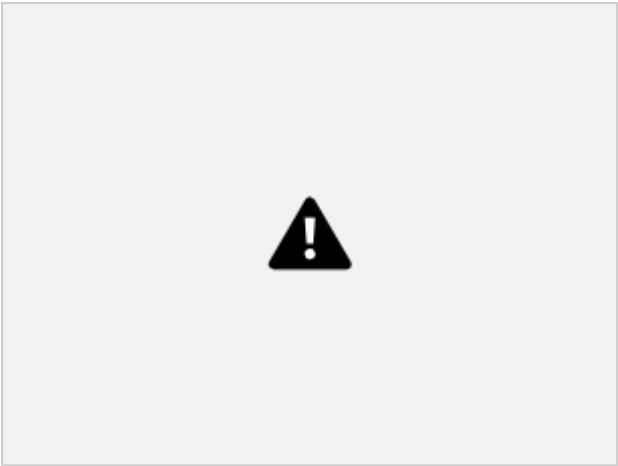
mesura del seu xicotet món familiar.



La veritat és que eren unes xiquetes molt especials. La major, Victoroides, era bruna de cabell laci i ulls negres esquinçats i intel·ligents, amb una mirada de vegades de safiadora davant l'autoritat, unes altres de profunda comprensió de la realitat. Molt treballadora, sempre disposada a ajudar i col·laborar. Amb gran capacitat creativa, dibuixar era el seu plaer: una artista plàstica.

La xicoteta, Helenoide, amb els seus rinxos
lets castanys i la seua careta redona, que al
en somriure se li formaven dos clotets en les
galtes, era afectuosa i llesta. La seua espon-
taneïtat feia molta gràcia a tothom. Tenia una
empatia amb els més febles o necessitats
que sorprenia pel seu gran coneixement tant
de les pròpies emocions com les dels altres:
en definitiva “una bruixeta”





Bom, quan Victoroide li va comentar a la seua germana:

- Helenoide, ací ens vol fins al gos.

Les dues es van fondre en una abraçada de gran alegria i complicitat. Coneixien massa bé que el món sense amor era més inhòspit que la gèlida i àrida estepa russa.

Era cert que tots les volien molt, tant la seua mare com altres parents o amics i elles demostraven gran afecte, encara que sentien una feblesa especial pel seu avi.

El vell, es deia Jesús, i era el típic home conservador de l'horta valenciana, intel·ligent, inquiet, treballador, amb determinació. Tenia una gran habilitat per a obrir-se al que la vida li oferia aprenent i gaudint de cada oportunitat: el que anomenaríem un home assenyat i de gran bondat.

Als pocs mesos de la seua estada en la Terra, estaven una vesprada jugant amb la seua gosseta

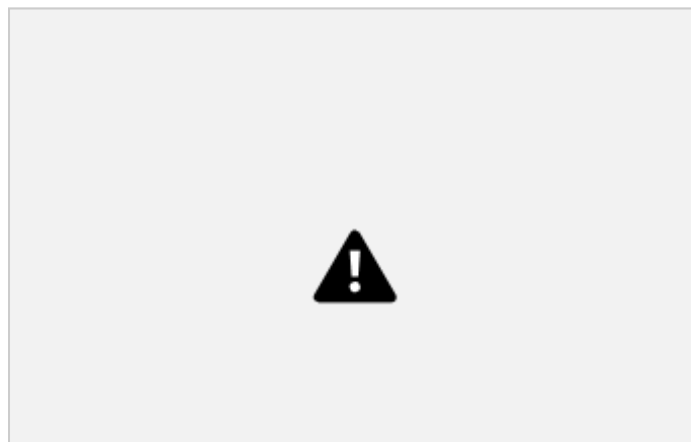
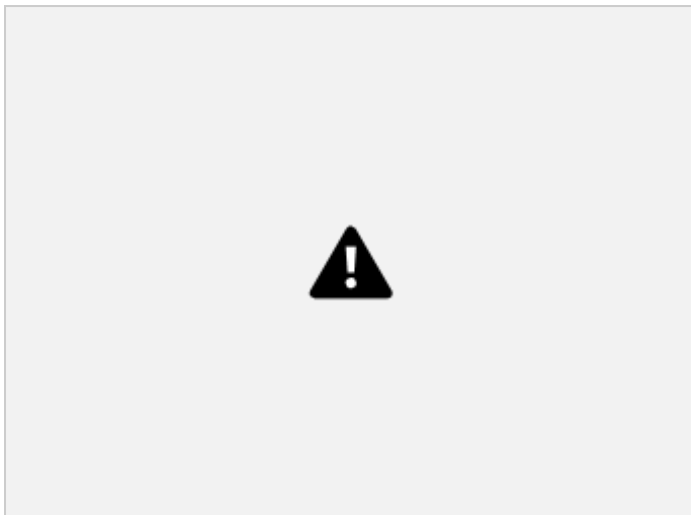
Li encantava anar amb les seues netes en bicicletes a l'alqueria de les seues germanes, on elles es pujaven als arbres i els donaven menjar a les gallines.

- No ompligueu tant les menjadores de pin so, que ho tiren per fora! - Els increpaven cada vegada les seues ties.

- Tia, pren. Mira quants ous hi ha hui! - contestava normalment Helenoide sense fer molt de cas de la reprimenda.

Mai de la vida va haver-hi gallines, ni xi quetes tampoc, més ben alimentades. A l'hora del berenar s'anaven al rebost on sabien que les ancianes sempre els tenien preparades les galetes Oreo o els ous Kínder o els Chetos o entrepans... La resta del temps continuaven jugant amb la xicalla que hi haguera per allí o soles, o veient la TV fins que es feia quasi de nit. Al tornar, això sí, quasi sempre portaven en la cistella de la bicicleta els ous frescs que els donaven.

Altres vegades, el vell se les emportava en l'autobús a comprar el pa i els oferia pastissos o Tamagochis dels xinesos o el que li demanaven. La que més solia anar en aquestes eixides era Victoroide per ser la major. La xiqueta li ajudava al seu iaio a pujar i baixar de l'autobús amb cura.



- No tenia bastant amb el vell, que ara falta va la xiqueta -remugava entre dents algun xofer mal encarat que el coneixia per ser un passatger habitual.

Quan tornaven Victor i oide ho explicava a casa
tota estranyada, coses començades molt bé què



En altres ocasions les portava a casa dels seus amics o a qualsevol lloc que se'ls ocorreguera com al circ del Gran Fele o a una excursió a Xàtiva.

No sempre era tot tan idíl·lic. Les seues netes eren molt entremaliades i una miqueta dimoniets, unes “malonchonas”. Li feien malifetes al pobre vell: posar-li picant en el café, o llevar-li el bastó quan estava assegut en la butaca veient la TV, o passar per darrere de la butaca i fer-li cosquerelles al cap o desfer-li el pèl... ell solia respondre tirant los els coixins que tinguera a mà. Això donava pas a una baralla divertida i acalorada.

Quan no li deien res les increpava: -

Xiqueta, xiqueta, un beset!

O les tocava amb el bastó, la qual cosa era una altra manera de començar el joc. Així van anar desenvolupant una gran connivència i afecte entre els tres, fins que un dia el seu avi va envellir tant que va necessitar una cadira de rodes per a moure's.

Aqueix any, en les festes del poble, repartien orxata en la plaça i volien emportar-se al seu avi perquè beguera un gotet. La seua tia no les va deixar. No volia que el passejaren en l'aglomeració de la plaça. Helenoide, sense dir paraula, va desaparèixer com una fletxa. A l'estona va tornar corrent escapolint-se entre la gent, esguitant orxata d'un gotet de plàstic amb una palleta.

- Pren iaio, per a tu. Que t'agrada molt!

A ell, que quasi no podia parlar per la feblesa dels anys, lisaltaven les llàgrimes.

D'aquesta manera les xiquetes van anar creixent, entre vivències d'amor i desamor com

en totes les famílies, alegres, eixerides, rialleres, actives, afectuoses... felices. Però un dia aquesta felicitat es va entelar: el seu avi va morir. Es sentien afligides, desconsolades, tristes,... Al cap d'uns dies, una nit mentre estaven assegudes al pati de la casa del seu avi, on havien aterrat feia ja uns anys, se'ls va ocórrer mirar al cel. Aleshores, varen observar les estrelles i es van adonar que hi havia una molt roja que brillava i centellejava fortament en el firmament, molt més que les altres amb diferència.

- Mireu. Veieu aquell cometa tan roig que brilla i es mou tant?! Segur que és el nostre avi, que s'ha anat on nosaltres procedim! – Va exclamar Helenoide assenyalant al cel.

Des de llavors cada vegada que miren al cel i veuen espurnejar aquest astre tan roig i rutilant, saben que el seu avi està assegut en ell des d'on les cuida, vigila i gaudeix. Així, les veu, créixer en la Terra com unes xiques bondadoses i valentes, que s'enfronten a les seues dificultats de la vida.

València, a 27 de setembre 2020



AGRAÏMENTS

L'origen d'aquest conte es troba en històries que inventava per a Victoria i Elena quan caminàvem pel carrer o a l'hora d'anar-se'n al llit. Els contava que elles eren dos meteorits que procedien d'un satèl·lit que orbitava al voltant de la terra. Donant voltes i voltes, s'havien després els meteroides: Victoroides i Helenoides, d'ací els seus noms perquè anaven dins. De vegades els agradava, unes altres s'enfadaven i tot. No obstant això, sempre m'ha semblat una metàfora preciosa que mai vaig escriure fins a aquest moment.

El fer-ho ara es deu al fet que el nostre pare, el seu avi, va morir fa just 10 anys. M'ha

semblat que és un bon homenatge a la seua memòria. A més, vull que aquest siga el meu regal de Reis Mags 2021 per a les meues nebodes, perquè convertir-les en protagonistes del conte al costat del seu avi és col·locar-los en el centre de l'univers, on posem a les persones que estimem. Està escrit en castellà i traduït al valencià i a l'anglès. El castellà, per la meua edat, és el meu idioma acadèmic en el qual puc expressar-me amb propietat i fluïdesa. El valencià no estava i els idiomes estrangers tenien poca importància en el currículum d'estudis de la meua generació.

En valencià, em vaig pagar classes de l'ICE per a poder escriure-ho a principi dels anys 80 del segle XX quan encara no era obligatori. L'anglès, el vaig aprendre gràcies a una beca d'auxiliar de conversa d'espanyol en dos instituts de High Wycombe (Anglaterra) en el curs 1985-86. En ambdós, no em sent amb la destresa i seguretat necessàries per a expressar-me correctament.

He d'agrair a tots els excel·lents amics que m'han ajudat desinteressadament al fet que aquest conte quede tan bé com siga possible en els tres idiomes en què està escrit. En castellà a Gemma Marqués per les seues correccions, propostes i crítiques a vegades molt dures que agraiïc profundament. A José María Plaza, el meu mentor, per la valoració i suggeriments apropiats que ho milloren. A JJ per les seues aportacions. En valencià a Enric Ramiro, gran amant d'aquesta llengua, per la seua minuciosa revisió i aportacions. En anglès, en absència del meu corrector oficial en aquest idioma: Denis O'Kane, que segur gaudirà d'aquesta història des del seu cometa particular en el firmament, a Mike Nugent per la seua disponibilitat, bon fer i animar-me a continuar escrivint. A Blanca Ruiz pel seu perfeccionisme i ajuda. A Shey Wolker, la meua companya nord-americana d'intercanvi, per les seues indicacions i exigència.

I als meus amics Regina Bañuls, Carmen Marco, Beatriz Albert, José Ramón Gaudisa, Pep Doria, Begoña Álvarez, Lourdes Tàpia, Ruben Caballero, Pablo Ferrando, Merçe Cortell per llegir-ho i aportar les seues impressions i idees.

si no existiren caldria inventar-los per ser com



In memory of our father.

With all my love to Victoria and Elena.

TWO METEORIDS AND

A COMET

Once upon a time, there was an old farmer from Valencia, who had a great passion for life and was so hard-working that every day he would get up at dawn, when the earth was still covered by the mantle of night dew.

On one such morning he saw two unusual big stones or rocks in the garden at the back of his house. How weird! The old man, who lived with his two daughters, entered the house to tell them what he had seen. They followed him quickly, thinking that it was probably one of the old man's hallucinations. However, they

couldn't believe their eyes when they saw the two mysterious stones in the garden.

They all decided that the wisest thing to do would be to consult some scientists from the university. Soon they turned up at the house to find out what this was all about. After studying the matter thoroughly, they confirmed that they were in fact two pieces of rock that had become detached from an asteroid rotating around the Earth. Once the scientists had completed their research, they were allowed to keep them, so they decided to leave them in the farmyard

among the plants, as a decoration.

Little did the poor old man know what surprises still awaited him. Another day, as usual, after rising at dawn, he went out and to his astonishment, he saw that the two rocks had been split down the middle. Was he simply imagining things, or could it be true?

- Come, come quickly my daughters! Am I going mad or is what I see real? - cried the old man.

The daughters were awestruck at the sight of two girls of about five and six years old playing quietly in the farmyard with the family's little dog.

The girls were jumping, hugging each other, and running from one side to the other without stopping for a breather, speaking in a language

unknown to the old man and his daughters. They were flabbergasted and didn't know what to do... they couldn't fathom what was happening. Fortunately, their reaction was immediate and they agreed on a solution.

- Let's keep them! - They all cried out together.

- I'll be the mother, - said the youngest daughter.

- Then I'll be their auntie or whatever they want to call me! Does a title really matter? - exclaimed the eldest.

Now at last, the old man would become what he most wanted to be in this world: a grand father. From that very moment he had two granddaughters.

The girls were called Victoroide and Helenoide, in memory of their birthplace, because they believed it is important to know your origin, accepting, understanding, respecting it and even transcending it if you want, of course!

With great enthusiasm they began a long bureaucratic journey to register them as family members.

Little by little they learned the languages spoken in their home and grew up, as they used to say, between Spain and Valencia. Spain was the apartment where they went to live with their mother in the centre of the city; this is where Spanish was spoken. While Valencia was their grandfather's house in the country, where they had landed; this is where Valencian was spoken. It was their way of explaining what had happened to them, as they knew they had landed in a very distant country, but they hadn't the faintest notion what these names meant, so they adapted them to fit into their little family's world.



The truth is that they were very special children. The eldest one, Victoroide, was a brunette with straight hair and intelligent black almond-shaped eyes, with a look that sometimes seemed to defy authority, and at other times showed a profound understanding of reality. She was a hard worker, who was always willing to help and collaborate. She had a great creative capacity: a plastic artist.

The little one, Helenoide, with her curly brown hair and her round face; when she smiled her cheeks were transformed by two dimples; she was affectionate and smart. Her spontaneity made everyone laugh, as well as her empathy with the weakest or neediest; everyone was surprised by her great knowledge of both, her own and others' emotions: you could say she was bewitching.



A few months after their arrival on Earth, they were playing one afternoon with their little dog Bom, when Victorioide commented to her sister:

- Helenoide, even the dog loves us here.

The two of them embraced in a hug full of joy and complicity. They knew only too well that a world without love was more inhospitable than the

cold and arid Russian steppes



It was true that everyone loved them very much; both their mother and other relatives or friends, and they showed great affection for everyone, although their favourite one was their grandfather.

The old man, whose name was Jesus, was your typical conservative from the Valencian farming community; he was intelligent, restless, hardworking, and determined. He had a great ability to open himself to whatever life offered him, by learning and enjoying every opportunity: what we would call a sensible man of great generosity.



He loved cycling with his granddaughters to his sisters' farm, where the girls would climb trees and feed the chickens.

- Don't put so much fodder in the troughs, it will only go to waste - they were scolded every time by their aunts.

- Auntie, here, look how many eggs there are today, - Helenoide usually replied without paying much attention to the rebuke.

Never have any chickens or girls either, been better fed. At snack time they would go to the pantry, where they knew that the old ladies always had Oreo cookies, Kinder eggs, Chetos or sandwiches ready for them. The rest of the time they would continue playing with other kids or alone, or would watch TV until it was almost dark and they had to go back home, almost always carrying the fresh eggs they were given in the baskets of their bikes.



On some occasions, he would take them on the bus to buy a loaf of bread and treat them to cakes; they would also stop at the Chinese store to get Tamagochis or whatever else they asked for. The one who used to go most often on these outings was Victorioide because she was the eldest; she helped him get on and off the bus with utmost care.



- Wasn't it bad enough with one old man, but now

there's a girl as well – one of the bad humoured bus drivers, who knew him as a regular passenger, muttered to himself.

When they got home, Victorioide would say how strange she had felt, without having any idea what the driver's anger could mean.



On other occasions, he would take them to his friends' houses or anywhere else they could think of, such as the Gran Fele circus or a trip to Játiva.

It wasn't always so idyllic. His grand daughters could be very naughty and even a little bit devilish, two real rascals. They would play tricks on the poor old man: putting pepper in his coffee, or taking away his walking stick when he was sitting on the couch watching TV, or going behind the couch and tickling his head or undoing his hair... to which he used to respond by throwing the cushions he had at hand; this would give rise to a fun and heated pillow battle.

When they didn't say anything, he would scold them:

- Baby, baby, what about a little kiss?

Or he would touch them with his walking stick, which was another way to start the game. In this way they developed a great connivance and affection between the three of them, until one day their grandfather became so old that he needed a wheelchair to move around.

That year, during the town's festivities, they were distributing tigernut milk in the square and they wanted to take their grand father to have a glass. Their aunt didn't let them take him, as she didn't want them to walk him through the crowded square. Hele noide, without saying a word, was gone in a flash. After a while, she was running back, dashing between the people, with tigernut milk splashing from a small plastic cup with a straw.

- Here, granddad, it's for you. You'll like it so much!

He, who could hardly speak from the weakness of years, was in tears.

In this way, the girls grew up with the experience of being loved, and with it

sometimes tears. As in all families, they lived happy, lively, smiling, active lives. But one day that happiness was tarnished: their grandfather died. They felt grieved, disconsolate, sad... when after a few days, one night sitting in the courtyard of their grandfather's house, where they had landed a few years previously, it occurred to them to look up at the night sky and observe the stars and they realized that there was one bright red star that shone and twinkled in the sky, much more so than any other.

- Look. You see that red comet that shines and moves about so much? It is surely our grandfather, who has gone to the stars from where we come! - exclaimed Helenoide, pointing to the sky.

Since then, every time they look up at the night sky and see that bright red star twinkle, they know that their grandfather is sitting on it, from where he takes care of them, watching over and enjoying them, while they are growing up on earth as kind brave girls, who are ready to face up to whatever difficulties and fortune that life brings their way.

Valencia, 27th of September 2020



ACKNOWLEDGEMENTS

This story originates from stories I made up for Victoria and Elena when we were walking down the street or at bedtime. I told them that they had landed on earth inside two rocks that had become detached from a meteoroid: hence their names, Victorioide and Helenoide. Sometimes they loved the stories, sometimes they hated them, but I always found it a beautiful metaphor that I had never actually written down until this moment.

The reason I have done so now is because my father, their grandfather, died 10 years ago, and I thought this would be a good way of paying tribute to his memory. Besides, I want

this to be a special 2020 Christmas gift to my nieces, because by turning them into the protagonists of the story along with their grandfather is to place them in the centre of the universe, where we put the people we love.

I wrote this short story in Spanish and translated it into Valencian and English. Although Valencian was my first language, my studies were mainly in Spanish at school, and this became my formal language, in which I can express my thoughts with greater accuracy and fluency. We did not study Valencian and foreign languages were of little importance in my generation's time. In the early 1980s I attended Valencian classes at ICE in order to be able to write it. Besides, I had the opportunity to study English, which I learned thanks to the year I spent as Spanish conversation assistant at High Wycombe Grammar and High School (England) in 1985-86. Nevertheless, I still do not feel confident enough to express myself correctly in these two languages.

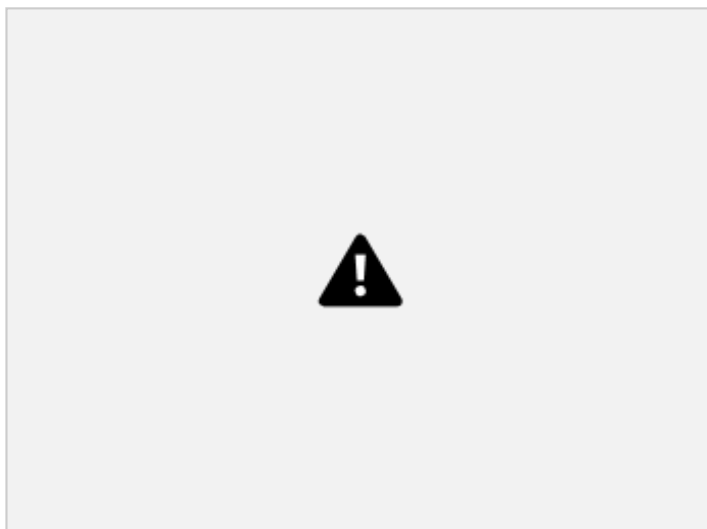
I have to thank all the excellent friends who have selflessly helped me to make this story as good as possible in three languages.

In Spanish, I wish to thank both Gemma Marqués for her precise corrections, suggestions and criticism, which I deeply appreciate, and also José María Plaza, my mentor, for his assessment and incisive comments. Their valuable recommendations enabled me to improve the text. To JJ for his contribution.

In Valencian, I wish to thank Enric Ramiro, a great lover of this language, for his meticulous corrections and contributions.

In English, in the absence of my official corrector in this language, Denis O'Kane, who will surely enjoy this story from his particular comet in the sky, I wish to thank Mike Nugent for his availability, good work and for encouraging me to continue writing; Blanca Ruiz for her perfectionism and help; Shey Wolker, my North American exchange partner, for proofreading and copyediting.

And my sincerest thanks to my friends Regina Bañuls, Carmen Marco, Beatriz Albert, José Ramón Gaudisa, Pep Doria, Begoña Álvarez, Lourdes Tapia, Ruben Caballero, Pablo Ferrando, Mercedes Cortell for reading it and contributing with their impressions and ideas. With all my affection and friendship.



Nadie es mejor que nadie, pero tampoco peor.

Ningú és millor que un altre, però tampoc pitjor.

Nobody is better than anyone else, but not worse.

María José Roig Fabra

Diseño y maquetación: Sara Olivares Martínez

Diciembre 2020